

nancia estremada; no puedo volver á empuñar el mazo. Como quiera que sea, dentro de tres días te diré con sinceridad á qué altura me hallo respecto de Rosa; si soy yo el preferido, partirás en buena hora, y sabrás por experiencia propia que el tiempo cura las heridas más profundas.

Federico ofreció separarse.

Durante los tres días procuró con el mayor cuidado no encontrarse con la joven; su corazón era presa de una agitación vivísima. Habiendo sonado la hora decisiva, se deslizó, distraído, hacia el taller, y su torpeza más de una vez le atrajo los reproches de Maese Martin, quien, por otra parte, parecía penosamente preocupado y hablaba de astucia y de ingratitude, sin explicar con claridad su pensamiento. Cerca del anochecer, Federico volvió á tomar el camino de la ciudad y percibió á un hombre á caballo que venía hacia él. Era Reinaldo.

—Te buscaba exclamó éste: echó pié á tierra y, tomando de la mano á su amigo, “Caminemos juntos, le dijo, y te diré en qué estado se hallan mis pretensiones.”

Federico notó que Reinaldo vestía el mismo traje que cuando le conoció por prime-

ra vez, y que había colocado sobre su caballo una maleta de viaje. Su rostro estaba pálido y alterado.

—¡Sé dichoso! exclamó Reinaldo con tono brusco; tú puedes continuar tu trabajo; te cedo el puesto, porque acabo de despedirme de Rosa y de Maese Martin.

—¿Cómo es que partes—respondió Federico estremeciéndose—cuando Maese Martin desea tenerte por yerno y eres amado de Rosa?

—Los celos son los que te han cegado, hermano mío; es evidente para mí que Rosa no me aceptaba sino por obedecer, y que no hay chispa de amor en su corazón. ¡Oh! hubiera yo podido llegar á ser un buen tonelero, poner aros á las duelas durante la semana, concurrir el domingo con mi digna esposa á las iglesias de Santa Catalina y de San Sebaldo, y en la tarde á la pradera del común, año tras año.

—No te burles, dijo Federico, de la vida apacible y honrada de nuestros excelentes artesanos: si Rosa no te quiere, esto no es culpa suya. ¡Eres tú tan vivo, tan arrebatado!

—Tienes, razón, replicó Reinaldo; ésta es

una necia costumbre mía; cuando me creo herido, grito lo mismo que un niño mimado. He hablado á Rosa de mi amor y de la voluntad de su padre: sus ojos se llenaron de lágrimas, su mano ha temblado entre las mías, y, volviendo á otra parte el rostro, me ha dicho: "Preciso es que cumpla los votos de mi padre." Era bastante con esto. Ya comprenderás lo que ha pasado en mí: el deseo que experimentaba de poseer á Rosa no era más que una ilusión. Cuando he acabado su retrato, mi corazón se ha tranquilizado, y á menudo me ha parecido que lo que yo quise fué satisfacer una pasión de artista. El oficio de tonelero me ha llegado á ser odioso, é insoportable la vida de artesano; veíame como encerrado en una prisión y cargado de cadenas. ¿Cómo podría llegar á ser mi esposa la virgen celestial á quien llevo en mi corazón? No; preciso es que yo la vea siempre con la juventud y la belleza eternas que le he dado en mi imaginación. No veo la hora de hallarme lejos de aquí para entregarme sin reserva á las artes. ¡Presto volveré á verte en todo tu esplendor, oh Italia adorable, patria del arte!"

Los dos amigos habían llegado al lugar donde el camino que Reinaldo debía seguir, tomaba distinta dirección.

— "Separémonos aquí," exclamó Reinaldo, después de haber estrechado en sus brazos á Federico. En seguida montó á caballo, y se alejó rápidamente.

Federico le contempló algún tiempo en silencio, y á poco volvióse á casa de Maese Martin, llevando su corazón agitado de mil diversas emociones.

CÓMO FEDERICO FUE LANZADO DEL TALLER DE
MAESE MARTIN.

Al siguiente día Maese Martin trabajaba sin decir palabra y con aire de mal humor, en el gran tonel del obispo de Bamberg, y Federico afligido con la partida de Reinaldo, no tenía la voluntad necesaria para hablar y mucho menos para cantar.

Al cabo Maese Martin, echando á un lado los utensilios y cruzando los brazos, di-

jo con voz sombría: “¡Hé aquí que también se ha marchado Reinaldo! Era un pintor distinguido, y se ha burlado de mí con sus apariencias de tonelero. ¡Si yo hubiera podido sospechar esto cuando llegó contigo, cómo le habría enviado á pasear! ¡Un rostro tan franco, tan honrado, y un corazón tan lleno de mentira y astucia! Se ha ido ya, y espero que tú seguirás fiel á nuestro oficio. ¡Quién sabe todo lo que podremos estrecharnos si llegas á ser un buen maestro y si Rosa te halla de su gusto! Ya tú me entiendes; procura agradar á Rosa.”

Dicho esto, volvió á tomar sus instrumentos y continuó su trabajo. Federico no podía explicarse la impresión producida en él por las palabras de Maese Martín; pero estas palabras le destrozaban el corazón, y una ansiedad indefinible alejaba de él toda esperanza. Rosa volvió á aparecerse en el taller por la primera vez después de largo tiempo: estaba pensativa, y Federico notó con dolor que tenía los ojos encarnados. “Ha llorado por su partida—dijo—luego le ama,” y el joven no osaba mirar al objeto de su amor infinito. La obra del gran tonel había terminado, y al contemplarle, Maese Mar-

tin recobró su antiguo buen humor. “Sí, hijo mío, dijo á Federico, dándole golpecitos en la espalda; es cosa resuelta: si logras ganar el cariño de Rosa, y hacer una hermosa obra maestra, serás mi yerno. Podrás, aparte de esto, ingresar en la corporación de los maestros cantantes y conquistar mucha honra.”

Los pedidos aumentaban de día en día, y Maese Martín tuvo que tomar otros dos oficiales, buenos trabajadores, pero gente sin educación, y desmoralizada por sus largos viajes. En vez de las alegres y espirituales conversaciones de Reinaldo y Federico, no se oían más que chanzas vulgares y canciones de taberna.

Rosa se alejó del taller, y Federico ya no la vió sino rara vez y por casualidad. Cuando detenía en ella sus miradas melancólicas y le decía suspirando: “¡Ah Rosa! ¡Si pudiese hablar con vos; si estuviéseis tan risueña como en tiempo de Federico!” Ella bajando los ojos le contestaba: “¡Tenéis algo que decirme, querido Federico?” Entonces éste permanecía mudo, y la feliz oportunidad huía como un relámpago, que no bien es visto cuando ya se desvaneció

Maese Martin insistía en que Federico diese principio á su obra maestra. Él mismo había escogido la más hermosa y pura madera de encino; una madera sin vetas ni nudos, una madera conservada en su almacén durante cinco años, y nadie sino el anciano Valentín debía ayudar á Federico. Sin embargo, la grosería de los recién venidos hacía más y más penoso el trabajo al joven tonelero, quien se sentía sobrecojido de tristeza mortal pensando que la obra maestra que iba á emprender decidiría del destino de su vida. Sentíase languidecer continuamente en un oficio tan opuesto á su primera vocación de artista. El retrato de Rosa pintado por Reinaldo se presentaba sin cesar á su espíritu, y las obras del arte le parecían más y más circundadas de brillante aureola. A menudo, cuando se hallaba subyugado por todos estos sentimientos de temor y de pesar, iba á procurarse refugio en la iglesia de San Sebald. Allí contemplaba durante horas enteras el monumento admirable de Pedro Fischer, y exclamaba con entusiasmo: “¡Oh Dios, del cielo! ¡Ejecutar una obra semejante! ¿Hay algo de más hermoso en el mundo?” En segui-

da, cuando volvía á sus duelas y á sus aros y cuando se ponía á pensar en todo lo que tenía que hacer para ganar la mano de Rosa, parecía que con unas tenazas ardientes le destrozaban el corazón, y que debía sucumbir á su miseria. Muchas veces en sueños veía que Reinaldo se le aparecía presentándole maravillosas muestras de escultura en que la imagen de Rosa brillaba, ya sea bajo la forma de una flor, ya sea bajo la forma de un ángel con las alas tendidas. Notaba, sin embargo, que Reinaldo se había olvidado de poner un corazón á esta imagen, y él mismo se encargaba de dibujarle. Además, creía frecuentemente que las flores alzaban un canto misterioso y que los metales reproducían en su tersa superficie la imagen de Rosa. Tendía los brazos hacia ella, y entonces la imagen material desaparecía, y Rosa misma le estrechaba en su seno.

La situación de Federico se iba haciendo más y más cruel, y nuestro joven fue á buscar consuelo á casa de su antiguo maestro Juan Holzschuer. Éste le permitió que trabajase en su taller, y Federico empleó el fruto de sus economías en modelar en plata la obra que había concebido.

Algunos meses transcurrieron así, y Federico, á quien se hubiera creído atacado de una enfermedad grave, por lo pálido de su semblante, en lo que menos pensaba era en dar principio á su obra maestra. Maese Martin le echó en cara con dureza su poco celo, y Federico se vió obligado á tomar de nuevo el hacha y el cepillo. Mientras que trabajaba, Maese Martin se le acercó y, mirando lasuelas que acababa de confeccionar, le dijo lleno de cólera: “¡ Qué veo ! ¡ Es digno este trabajo de un oficial que aspira á ser maestro ? Un simple aprendiz lo habría hecho mejor á los tres días de práctica. Federico ¡ qué espíritu del infierno te inspira ? .. Hé aquí inutilizando por tu torpeza mi mejor trozo de encino .”

Subyugado por sus pensamientos desoladores, Federico ya no pudo ser dueño de sí: arrojó el hacha y contestó: “Pues bien, sí, esto es hecho: aunque deba costarme la vida, yo no puedo continuar en este trabajo vulgar, cuando me siento arrastrado por una fuerza irresistible hacia las obras del arte. ¡ Ah ! Yo amo á vuestra Rosa de un modo inexplicable, como nadie puede amarla en el mundo: sólo por ella he querido dedicarme á este oficio. Al presen-

te, la pierdo, lo conozeo así, y presto sucumbiré á mi desdicha ; pero no puedo obrar de otra manera ; vuelvo á mi noble profesión, vuelvo á la casa de mi excelente maestro Holzschuer á quien abandoné indignamente.”

Los ojos de Maese Martin chispeaban, y la cólera sofocaba sus palabras, al extremo de que sólo pudo decir: “¡ Qué ! ¡ tú también ? . . . ¡ Mentira y traición ! . . . ¡ Cómo me han engañado ! . . . ¡ Lárgate de aquí, miserable !”

Diciendo esto, Maese Martin cogió por la espalda al pobre de Federico, y le empujó fuera del taller. Al alejarse el joven oyó las burlas de sus nuevos compañeros. El anciano Valentín juntó las manos y exclamó con aire distraído: “Bien había yo notado que el joven pensaba en algo mejor que en nuestros toneles.” Marta lloró y los niños gritaron al no ver á Federico, quien jugaba alegremente con ellos y les traía multitud de golosinas.

CONCLUSIÓN.

Por irritado que estuviese Maese Martin contra Reinaldo y Federico, debía recono-

cer que con ellos habían desaparecido todas las alegrías y todos los placeres del taller. Los nuevos oficiales no le ocasionaban sino inquietudes y fastidio. Tenía que ocuparse en todos los detalles de su trabajo, y no podía obtener un resultado medianamente satisfactorio. Harto de todos estos disgustos, exclamaba frecuentemente: “¡ Ah Reinaldo! ¡ Ah Federico! ¿ Por qué me habéis engañado? ¿ Por qué no habéis querido permanecer toneleros?” A veces su tristeza era tanta que le impedía trabajar.

Cierta tarde se hallaba sentado en su casa, en una de estas sombrías disposiciones de espíritu, cuando Jacobo Paumgartner y Maese Juan Holzschuer entraron de repente. Creyó desde luego que se trataría de Federico, y en efecto, Paumgartner no tardó en hablar del joven, cuyo elogio hizo Holzschuer, diciendo que Federico sería no sólo un platero excelente, sino también un fundidor ilustre en el género de Pedro Fischer.

Paumgartner entonces reprochó vivamente á Maese Martin la dureza con que había tratado al pobre obrero, y ambos suplicaron al viejo maestro que no negase su hija

á Federico en el caso de que ella le amara.

Maese Martin los dejó hablar y dijo sonriéndose: “ Mis queridos señores, tomáis con mucho calor la defensa de un muchacho que me ha engañado indignamente. Convengo en perdonarle; pero, respecto de Rosa, no se hable más.”

En este momento, Rosa entró con el semblante pálido y los ojos llenos de lágrimas, y puso en silencio los vasos y el vino sobre la mesa.

— Preciso es, pues, replicó Holzschuer, conformarse con la resolución de Federico, que quiere dejar su país para siempre. Ha hecho en mi casa un hermoso trabajo, que os pide, querido Maese Martin, el permiso de ofrecer á vuestra Rosa.

Diciendo esto, Holzschuer sacó de su bolsillo una copita de plata artísticamente cincelada, y la presentó á Maese Martin que era muy aficionado á tales alhajas y que la miró atentamente en todos sentidos. Nada se podía ver de más lindo que esta copa. Ligeros festones de uvas y rosas la ceñían, y de en medio de los botones de rosa, asomaban preciosas cabecitas de ángeles. La parte interior del vaso estaba dorada y

adornada de querubines. Cuando la copa se llenaba de vino hubiérase dicho que todos estos angelitos jugaban en el trasparente licor.

—En efecto, dijo Maese Martin, es un trabajo delicioso, y le conservaré siempre que Federico quiera recibir su valor duplo en buenas monedas de oro.

A la sazón abrióse suavemente la puerta, y Federico apareció pálido como la muerte.

No bien Rosa le hubo visto, cuando exclamó: “¡Oh Federico mío!” y corrió á echarse medio muerta en sus brazos.

Maese Martin, estupefacto, miraba á los jóvenes; en seguida reconoció de nuevo el interior de la copa, y por último, exclamó, con voz vibrante: “Rosa, Rosa, ¿quieres á Federico?”

—¡Oh! murmuró Rosa, no puedo ocultarlo por más tiempo. Le quiero como á mí misma. Sentí que se me partía el corazón cuando le arrojásteis de casa.

—Pues bien, Federico, dijo Maese Martin, abraza á tu prometida esposa.

Paumgartner y Holzschuerse miraron mutuamente con sorpresa; pero Maese Martin, volviendo á tomar la copa, les dijo: “¡Oh

Dios del cielo! todo lo que la anciana abuela había profetizado, se ha cumplido. Traerá, dijo, una casa pequeña y brillante, donde ángeles hermosos cantarán entre aromáticas olas. Hé aquí la casa; hé aquí los ángeles, hé aquí el novio. Vamos, pues, mis queridos señores, todo va perfectamente, ya tenemos yerno.”

Solamente aquel á quien haya acaecido verse trasportado por un sueño penoso á la oscuridad de una noche profunda y siniestra y que despierta súbitamente en medio de flores embalsamadas, bajo el aire puro de la primavera, podrá apreciar la emoción de Federico. Imposibilitado de hablar, tenía á Rosa enlazada en sus brazos. Al fin exclamó: “¡Oh querido maestro! ¿Es cierto esto? ¿Consentís en darme la mano de Rosa, y puedo yo entregarme á mi arte?”

—Sí, sin duda alguna, contestó Maese Martin: no puedo hacer otra cosa, puesto que has cumplido la profecía de la abuela. Tu obra maestra permanecerá aquí.

—No, mi querido maestro: terminaré mi último tonel, y entonces volveré á entregarme á mis tareas de cincelador.

—¡Guapo muchacho! dijo Maese Martin,

mientras brillaba en sus ojos la alegría; ejecuta, pues, tu obra maestra, y en seguida celebraremos las bodas.

Federico cumplió lealmente su promesa. Terminó su tonel de dos cubas, y todos los maestros declararon que difícilmente se hallaría obra más perfecta y hermosa. Maese Martin bendecía al cielo por haberle depurado tal yerno.

Llegó el día del casamiento. El tonel de Federico, lleno de vino añejo y coronado de flores, estaba puesto en el vestíbulo de la casa. Los maestros del gremio de los toneleros, presididos por Paumgartner, acudieron en compañía de sus esposas; en seguida llegó el gremio de los plateros. La comitiva se disponía á marchar á la iglesia de San Sebaldo, donde los novios debían recibir la bendición nupcial, cuando se oyeron sonidos de cornetas y relinchos de caballos que se detenían á la puerta de Maese Martin. El tonelero corrió á la ventana y vió á Enrique de Spangenberg, vestido de gala, y á corta distancia tras él, un joven á caballo, con espada al cinto y una gorra adornada de plumas flotantes y de piedras preciosas. Cerca del joven había una mujer

de admirable belleza, vestida con la misma elegancia y montada en un palafrén blanco como la nieve. Rodeaban á uno y otra pajes y criados vestidos de toda librea. Cesó el ruido de las cornetas, y Spangenberg exclamó: “¡Hola, hola, Maese Martin! No vengo aquí ni por el vino de vuestra cueva, ni por vuestros ducados, sino por el matrimonio de Rosa. ¿Me dejaréis entrar?”

Maese Martin, acordándose de las palabras que había dicho, sintió alguna confusión y corrió á recibir al anciano gentilhomme.

Spangenberg se bajó del caballo y entró á la casa, saludando á todos. Siguiéronle la joven y el caballero. Cuando Maese Martin vió á éste juntó las manos y exclamó: “¡Dios del cielo! ¡Es Conrado!”

—Sí, mi querido maestro, dijo éste; soy vuestro oficial Conrado. Perdonadme la herida que os hice: hubiera debido mataros; pero las cosas se han arreglado de diversa manera.

Maese Martin contestó que valía más así, y que no se acordaba del rasguño que había recibido. Cuando la noble sociedad se reunió en la sala, todo el mundo se admiró al ver cuánto la joven se parecía á Rosa. El ca-

ballero se aproximó á la novia y le dijo: "Permitid, bella Rosa, que Conrado asista á vuestro casamiento, y perdonad al fogoso oficial que por poco causa una desgracia."

El anciano Spangenberg tomó entonces la palabra y dijo: "He aquí á mi hijo Conrado, y allí á su mujer que también se llama Rosa. ¿Os acordais, Maese Martin, de la noche en que os pregunté si querríais dar vuestra Rosa á mi hijo? Este se hallaba entonces terriblemente apasionado de ella, y me había decidido á hacer os tal petición. Cuando le dije en qué términos me contestásteis, entró en vuestro taller para ganar el cariño de vuestra hija, y tal vez por robárosla. Vos le curásteis por medio de unos cuantos paños, y yo os lo agradezco. Conrado halló una doncella noble, que es, sin duda, la misma Rosa á quien él llevaba en su corazón."

La joven saludó con gracia á la novia, y le dijo, al presentarle como regalo de bodas un collar de perlas: "He aquí, querida Rosa, el ramillete de flores que dísteis á mi Conrado como premio de su victoria: le ha conservado cuidadosamente; pero cuando llegó á seros infiel, me le regaló. No os enojeis por ello."

—¡ Ah señora! ¿qué decís? contestó Rosa: ¿el noble Conrado podía nunca amar á una pobre hija del pueblo como yo? Vos sola podíais merecer su amor, y sin duda, á causa de que tengo vuestro mismo nombre se ocupaba de mí, no pensando sino en vos."

Por segunda vez iba á ponerse en marcha la gente, cuando llegó un joven vestido de terciopelo á la moda italiana y con cadenas honoríficas sobre su pecho.

—¡ Oh Reinaldo; mi querido Reinaldo! exclamó Federico, echándose en los brazos del joven. Al mismo tiempo Maese Martin y la novia arrojaban una exclamación de alegría.

—¿No te dije, murmuró Reinaldo estrechando á su compañero contra su corazón, que todo se arreglaría perfectamente? Vengo á celebrar tu matrimonio, y quiero ofrecerte el cuadro que pinté para tí."

Diciendo esto, mandó á dos criados que acercasen un hermoso cuadro, con su marco de oro, y que representaba á Maese Martin en su taller, con sus oficiales Reinaldo, Federico y Conrado, trabajando en la construcción de un gran tonel, en tanto que Ro-

sa venía á hacerles su visita. A todos sorprendió la verdad de la obra y el brillo de su colorido.

—¡ Ah! dijo Federico sonriéndose, esta es tu obra maestra. La mía está en el vestíbulo; pero muy presto ejecutaré otra.

—Todo lo sé, contestó Reinaldo, y te creo feliz. Permanece fiel á tu profesión, que, después de todo, proporciona más alegría doméstica que la mía.

Durante la comida, Federico estuvo sentado entre ambas Rosas, y frente á él estaba Maese Martin entre Conrado y Reinaldo.

Paumgartner llenó hasta el borde la copa de Federico y la vació á la salud de Maese Martin y de sus dignos obreros. La copa circuló por toda la mesa, y el anciano Spangenberg y todos los maestros brindaron alegremente por el tonelero, por su hija y por sus antiguos oficiales.



HAIMATOCARA.

DE HOFFMANN.